

proporcionarse agua y pastos para sus ganados.— Recorrimos sucesivamente todos los campamentos esperando hallar los medios de hacernos conducir cerca del drayhy que estaba en guerra con todos los del territorio de Damasco. En todas partes nos recibieron perfectamente.

En una tribu, quien nos ofreció la hospitalidad, fué una pobre viuda. Para obsequiarnos, mató su último carnero y pidió pan prestado: díjonos que su marido y sus tres hijos habian muerto en la guerra contra los wahabi, tribu muy terrible de las cercanías de la Meca. Habiéndole manifestado nuestro asombro de que se despojase por nosotros:

—“El que entra en casa de un vivo, nos dijo, y “ no come en ella, es como si visitase a un muerto.”

Una tribu ya considerable se habia formado recientemente del modo siguiente: un beduino tenia una hija hermosísima, que el jefe de su tribu le pidió en matrimonio, pero él no quiso concedérsela, y para sustraerla á sus tentativas de seducción, huyó en secreto con toda su familia. Preguntando el jeque qué habia sido del uno, le respondió: *Serah* (se ha ido).

Serhan, repuso (es un lobo), queriendo expresar así que era áspero de condicion, y desde entonces la tribu, de que aquel beduino llegó á ser cabeza, se ha llamado siempre la tribu *El Serhan* (la tribu del lobo).

Cuando un beduino es valiente y tiene buenos caballos, en poco tiempo se hace poderoso.

En fin, supimos que habia llegado el Drayhy á Mesopotamia. Por entonces Jeque Ibrahim tuvo que ir á Damasco á buscar mercancías y dinero, de que careciamos igualmente. Allí trabamos conocimiento con un beduino de una tribu de las orillas del Eufrates que se habia conservado neutral en el asunto de Nasser. Este beduino, llamado Gazens el Hamad, habia pasado á Damasco con algunos otros á vender manteca: se obligó á cargar nuestros géneros en sus camellos y á llevarnos á la tienda del Drayhy; pero ¡ah! no debiamos conseguirlo tan fácilmente.

Apenas llegamos á Corietain para recoger nuestras mercancías, que habiamos dejado allí depositadas, recibimos la noticia de una victoria de Zahér, hijo del Drayhy sobre Nasser, victoria que renovó la guerra con doble violencia: todas las tribus se pronunciaron por uno ú otro partido; la del Salkeh, tribu de nuestro conductor; habia sido atacada por el Drayhy, que llevaba adelante sus triunfos con encarnizamiento, y nadie se atrevia á atravesar el desierto. El señor Lascaris se desesperaba; no podia ni comer, ni beber, ni dormir; en fin, ecsasperado hasta el extremo de verse detenido en sus proyectos la pegó conmigo. Entonces le dije:

—“Ya es tiempo de esplicarnos. Si quereis lle-

“gar adonde està el Drayhy para comerciar, la
 “empresa es insensata y renuncio á seguuros: si
 “teneis otros proyectos y motivos suficientes para
 “esponer la vida, decídmelo y me hallaréis pron-
 “to á sacrificarme por vos.”

—“Pues bien, hijo mio, me respondió, voy á
 “confiarme á tí; sábete que el comercio no es mas
 “que un pretesto para ocultar una mision que se
 “me ha dado en Paris: estas son mis instrucciones,
 “divididas en diez puntos:

1. Salir de Paris para Alepo.
2. ° Buscar en este pueblo un árabe fiel y tomarle á su servicio en calidad de dragoman.
3. ° Perfeccionarme en su lengua.
4. ° Ir á Palmira.
5. ° Penetrar entre los beduinos.
6. ° Conocer á todos sus jefes y ganar su amistad.
7. ° Reunirlos á todos en una misma causa.
8. ° Hacerles romper todo pacto con los osmanlis.
9. ° Reconocer todo el desierto, las paradas, los sitios donde se hallan agua y pastos hasta las fronteras de la India.
10. ° Volver á Europa sano y salvo despues de haber cumplido mi mision.»

—¿Y despues? le dije....

Pero me impuso silencio y me dijo:

—“Acuérdate de nuestras condiciones; de todo
 “te iré instruyendo á medida que vaya siendo
 “necesario. Bástete ahora saber que quiero lle-
 “gar á la tienda del Drayhy aunque me cueste
 “la vida.”

Esta media confianza me turbó como era natu-
 ral y ahuyentó el sueño de mis ojos: hallar difi-
 cultades casi insuperables y no entrever mas que
 muy confusamente las ventajas de mi sacrificio, era
 situacion harto dura mas con todo tomé la resolu-
 cion de ir hasta el fin, pues me habia obligado á
 ello, y no pensé mas que en los medios de salir ai-
 roso de mi empeño. Mi barba habia crecido, esta-
 ba perfectamente versado en el language de los be-
 duinos, y determiné ir solo y á pié á ver al Drayhy,
 pues este era el único medio de conseguirlo. Fuí á
 ver á mi amigo Wardi, el que me habia vuelto á la
 vida metiéndome en el vientre del caballo, y le co-
 municué mi proyecto. Despues de haber procura-
 do disuadirme de él, previniéndome que las fatigas
 serian grandes, que tendria diez dias de penoso ca-
 mino, que tendríamos que escondernos de dia, que
 no podriamos llevar con nosotros mas que lo estric-
 tamente necesario, viendo que no podia hacerme
 retroceder, se obligó á servirme de guía mediante
 una crecida suma de dinero. Cuando comuniqué
 mis proyectos al señor Lascaris, me hizo tambien
 amistosas objeciones sobre los peligros á que me

esponia; pero sin embargo ví que en el fondo estaba muy contento de mí.

Arreglamos todos nuestros asuntos, quedé en escribirle por la vuelta de mi conductor apenas llegase adonde estaba el drayhy, y ya estaba muy entrada la noche cuando nos acostamos. Yo estaba muy agitado y de ello se resintió mi sueño, tanto que desperté al señor Lascaris. Soñaba yo que hallándome en la cima de una escarpada peña, á cuyo pié corria un rápido rio que no podia atravesar, me tendí a la orilla del precipicio, y que de repente un árbol echó raíces en mi boca; que crecía y estendia sus ramos como una tienda de verdura; pero creciendo me desgarraba la garganta, sus raíces penetraban en mis entrañas, y el dolor me arrancaba violentos alaridos. Cuando conté mi sueño á Jeque Ibrahim, se admiró, y me dijo que era de excelente agüero, y que me anunciaba un gran resultado despues de muchos afanes.

Era preciso que me cubriese de andrajos para no escitar ni las sospechas ni la codicia si llegaban á vernos. Voy a describir mi arreo de camino:— una camisa de algodón muy tosca, toda remendada; un gombaz sucio y roto, un cafié muy viejo con un pedazo de lienzo, que fué blanco, por turbante; una capa de piel de carnero que habia perdido la mitad de su lana, y unos zapatos que á fuerza de piezas y composturas pesaban cuatro libras; a mas

un cinturon de cuero, del que pendia un cuchillo de dos filos; avios de echar yescas, un poco de tabaco y una pipa: me tizné toda la cara, y cuando me presenté con esta facha a Jeque Ibrahim para despedirme de él, se echó a llorar y me dijo:

—“Dígnese el Señor darte fuerzas para llevar a cabo tu generoso intento! Todo lo deberé á tu perseverancia. El Todopoderoso te acompañe y te guarde de todo peligro; ciegue á los malos y te traiga con bien para que yo pueda recompensarte!”

No pude entónces contener mis lágrimas, pero pronto la conversacion tomó un giro menos triste, y Jeque Ibrahim me dijo que si iba á Paris en aquel equipaje, fácilmente podria ganar la vida enseñándome por dinero. Cenamos, y al anocheecer me puse en camino. Hasta media noche anduve sin cansarme; pero entonces empezaron a hincharse los piés, y como los zapatos me hacian daño, me los quité, pero entónces me lastimaban cruelmente los guijarros y las espinas de la planta que pastan los camellos.

Quise volverme a calzar, pero no pude, y aunque con gran trabajo, caminé hasta la mañana. Una pequeña gruta nos ofreció un abrigo para el día: vendéme los piés, envolviéndolos en un giron que arranqué de mi vestido, y me dormí sin tener fuerzas para tomar ningun alimento. Todavía estaba

durmiendo cuando me llamó mi guía para partir; pero como tenia los piés tan hinchados, y me faltaba el ánimo, quise esperar al día siguiente.--Mi conductor me echaba en cara mi debilidad.

--"Ya sabia yo, me dijo, que érais demasiado delicado para un viage como este; bien os lo anuncié. Es imposible que nos quedemos en este sitio; si pasamos aquí la noche, tendrémos que pasar tambien el día de mañana; se nos acabarán las provisiones y nos morirémos de hambre en el desierto.--Mas vale renunciar a nuestra empresa y volvernos mientras es tiempo todavía."

Estas palabras me reanimaron y partí; arrastréme á duras penas hasta cerca de media noche, y llegado que hubimos á un llano donde la arena formaba grandes ondulaciones, descansamos allí hasta el amanecer. La primera claridad nos hizo ver á lo lejos dos bultos que nos parecieron camellos; mi guía muy asustado, abrió un agujero en la arena para escondernos, y en él nos enterramos hasta el cuello. En esta penosa situacion estábamos, con los ojos fijos en los supuestos camellos, cuando hácia el mediodia esclamó Wardi:

--"¡Loado sea Dios! no son camellos, sino avestruces."

Entonces salimos muy contentos de nuestro agujero, y por primera vez desde nuestra partida co-

mí un poco de torta y bebí una gota de agua. Allí nos quedamos hasta la noche, aguardando al instante de ponernos en camino; como estábamos entonces en medio de los arenales, sufría menos el andar. Pasamos el día siguiente durmiendo; nos hallábamos en frente de Palmira, al mediodia. El amanecer, despues de la cuarta noche, nos sorprendió en la orilla de un gran río llamado el Rabib, que corria del mediodía al Norte; mi guía se desnudó y me llevó a costas hasta la otra márgen y volvió á recoger sus vestidos. Quise descansar, pero me dijo que no seria prudente pararse en un sitio donde el río era vadeable, y en efecto, no habíamos caminado media hora, cuando vimos acercarse al río quinientos beduinos bien montados que iban de Levante á Poniente. Habiendo encontrado unas matas, allí nos detuvimos hasta el anocheecer.

La sexta noche nos llevó á algunas horas del Eufrates, y el séptimo día ya estaba hecho lo mas difícil; si no me hubieran atormentado tanto los pies, hubiera podido olvidar todas mis fatigas en vista del magnífico espectáculo de la salida del sol en las orillas de aquel hermosísimo río. Unos beduinos hospitalarios, cuyo oficio es hacer pasar de una orilla á otra, nos llevaron á sus tiendas, donde por primera vez comimos muy bien: allí tomamos informes acerca del Drayhy, que se hallaba á tres días de distancia entre Zaité y Zauer.

Acababa de ajustar la paz con el emir Fahed, imponiéndole un tributo; me hablaron mucho de su talento guerrero y de su formidable valor, de su intencion de acabar con Mehanna y Nasser y de volver á su desierto junto a Bassora y Bagdad. Estas noticias eran las que yo mas podia desear, é inmediatamente hice mi plan.

Pedí un guía para llevarme adonde estaba el Drayhy, diciendo á los beduinos que era un comerciante de Alepo, que tenia un corresponsal en Bagdad que me debía veinticinco mil piastras y que acababa de quebrar; que como la guerra entre los beduinos habia interceptado las comunicaciones, no habia tenido mas recurso que aventurarme solo, é ir á ponerme bajo la proteccion del Dayhy para llegar á Bagdad, donde estaba comprometido todo mi caudal. Aquellos buenos beduinos hacian votos porque Alá me hiciese recobrar mi dinero, y el mismo Wardi se tomó mas interés en mi viage desde que comprendió toda su importancia. Despues de haber pasado el dia examinando la tribu Beny-Tay, partimos al dia siguiente bien escoltados, y nada interesante nos aconteció en nuestra marcha. El tercer dia, al ponerse el sol, vimos las cinco mil tiendas del Drayhy, que cubrian el llano hasta quanto alcanzaba la vista, rodeadas de camellos, de caballos y de rebaños que ocultaban el suelo; jamas ví semejante espectáculo de poderío y riqueza.

La tienda del emir, en el centro, tenia ciento sesenta pies de longitud.

Recibióme muy cortesmente, y sin hacerme ninguna pregunta, me propuso que cenase con él.

Despues de cenar me dijo:

“¿De dónde venís? ¿A dónde vais?” Respondile como habia respondido á los beduinos del Eufrates:

“Seais bien venido, repuso entónces; ¿vuestra llegada derrama mil bendiciones. Si Dios quiere lograreis vuestro intento; pero con arreglo á nuestra costumbre, no podemos hablar de negocios hasta despues de conceder tres dias á la hospitalidad y al descanso.” Díle las gracias y me retiré.

Al dia siguiente despaché á Wardi con una carta para el señor Lascaris.

El Drayhy es hombre de unos cincuenta años, alto y de hermosa presencia, con poca barba y muy blanca: su mirada es altiva; pasa por el mas capaz de todos los caudillos de tribus: tiene dos hijos, Zaer y Sahdoun, ambos casados, y que habitan la misma tienda que él. Su tribu, llamada El Dualla, es numerosa y muy rica.

La casualidad me favoreció maravillosamente desde los primeros dias de mi llegada: el emir necesitaba un secretario; yo me ofrecí á serlo por el pronto, y no tardé en ganar su confianza con mis consejos, y con los informes que podia darle sobre

las tribus que habia estudiado. Cuando le hablé de mi asunto, manifestó tanto sentimiento de verme partir, que hice como que cedia á sus instancias.

Entonces me dijo:

“Si quereis quedaros conmigo, seréis como mi hijo: cuanto digais se hará.”

Aprovechéme de su confianza para instarle pasar el Eufrates, con el fin de acercarle á Jeque Ibrahim, manifestándole lo mucho que podia ganar su influjo sobre las tribus del pais, separándolas de Nasser; representéle los muchos regalos que tendrian que hacerle, el terror que inspiraria á los osmanlis, y el daño que causaria á sus enemigos consumiéndoles sus pastos. Como aquella era la primera vez que salia del desierto de Bagdad para pasar á Mesopotamia, mis consejos y mis informes le eran muy provechosos y los siguió. La partida ofrecia un espectáculo soberbio; los ginetes iban delante en caballos de raza, las mugeres en *hau-dags* cubiertos de ricas telas, encima de los dromedarios, rodeadas de esclavas negras. Hombres cargados de provisiones recorrrian toda la caravana gritando: “¿Quién tiene hambre?” y distribuyendo pan, dátiles, &c. De tres en tres horas haciamos alto para tomar café, y por la noche se levantaban las tiendas como por encanto. Seguiamos las orillas del Eufrates cuyas transparentes

aguas brillaban como plata; yo iba caballero en una yegua de pura sangre árabe, y todo el viage me pareció como una marcha triunfal que contrastaba grandemente con el que acababa de hacer recorriendo el mismo pais, cubierto de harapos y con los piés ensangrentados.

El cuarto dia, el emir Zahed nos salió al encuentro con mil ginetes, y hubo toda especie de juegos, a caballo y con la lanza: por la noche, el Drayhy, sus hijos y yo, fuimos a cenar a la tribu de Zahed.

Al dia siguiente atravesamos el rio y nos acampamos en el territorio de Damasco, caminando siempre hácia poniente, y nos acampamos en El Jaffet, en el bajalato de Alepo. Estendiose rápidamente la voz de la llegada del Drayhy y recibió este una carta de Mehanna que empezaba por sus títulos respectivos y proseguia así: “¡En nombre del Dios muy misericordioso salve! Hemos sabido con sorpresa que habeis pasado el Eufrates y que os entráis por las provincias que nos han dejado nuestros progenitores. ¿Habeis creido que vos solo podriais devorar el pasto de todos los pájaros? Sabed que tenemos tantos guerreros que no podemos conocer su número; ademas nos sostendrán los valientes osmanlis á quienes nada puede resistir; por tanto os aconsejamos que os volvais como habeis venido, ó de lo contrario, todas las

“desgracias caerán sobre vos, y el arrepentimiento llegará tarde.”

Al leer esta carta, ví al Drayhy palidecer de cólera; sus ojos vibraban llamas. Despues de un momento de silencio:

“Kratib, exclamó con voz terrible, tomad la pluma y escribid à ese perro.”

He aquí su respuesta:

“Hemos leído vuestras amenazas que no pesan un grano de mostaza. Yo humillaré vuestra bandera y purificaré la tierra de vuestra presencia y de la de vuestro renegado hijo Nasser. Por lo que hace al territorio que reclamais, el sable decidirá esta cuestion: pronto me pondré en camino para esterminaros. Apresurados, la guerra está declarada.”

Entónces dirigiéndome al Drayhy:

“Tengo un consejo que daros, le dije; sois extranjero aquí y no sabéis qué partido tomarán las tribus del pais. Mehanna cuenta con el afecto de los beduinos y el apoyo de los turcos, y vos vais á emprender la guerra sin conocer el número de vuestros enemigos. Si sufris una primera derrota, todos se coligarán contra vos y no tendréis fuerzas para resistir; con que así lo que tenéis que hacer es enviar mensajes á los jeques de las cercanías para anunciarles que venís á destruir las tiendas de Melkghem, para libertarlas del yugo de los osmanlis y pedirles que se

“pronuncien. Conociendo así vuestras fuerzas, podreis compararlas con las suyas y obrar en consecuencia.”

“Verdaderamente sois hombre de buen consejo,” respondió el Drayhy encantado de mi idea.

“Yo no soy nada por mí mismo, repuse, y si algo sé es gracias a mi patron, hombre lleno de sabiduría y de esperiencia, muy versado en los negocios, y el único capaz de daros consejos. Quedariais encantado de él si le conociérais: estoy seguro de que si estuviera a vuestro lado, con ayuda de su sagacidad, llegariais á ser el jefe de todos los beduinos.”

“Ahora mismo voy á enviar cien ginetes á buscarle,” repuso al punto el Drayhy.

“Todavía estamos muy lejos, le dije: el viage sería demasiado dificultoso; cuando estemos mas cerca de Corietain, yo os lo haré conocer.”

Temiendo por jeque Ibrahim algun mal encuentro, queria yo estar junto á él para conducirle, pues le tenia tanto cariño que me hubiera sacrificado mil veces por servirle.

Volvamos á nuestro consejo de guerra. El Drayhy me dió una lista para escribir á diez de los principales jeques de las tribus: he aquí el tenor de su carta.

“He dejado mi pais por venir á libertaros de la tiranía de Nasser, que quiere subyugaros con la fuerza de los turcos, cambiar vuestros usos y so-